

Conmemoración del Bicentenario y Centenario desde la medicina mexicana

La medicina ha sido protagonista esencial de los últimos 200 años de la historia de nuestro país. Despertó al alba del siglo XIX siendo colonial y dependiendo de lo que se pensaba en la metrópoli, con una universidad de estructura medieval y una facultad de medicina en la cual se seguían enseñando los viejos libros que tenían más que merecido, desde tiempo atrás, un sitio privilegiado en la historia de la medicina, pero ya no más ni en la práctica cotidiana ni en el avance del conocimiento. Aunque todavía novohispanos en ese entonces, los médicos ya no se conformaban con esa tradición sino extraían de ella lo aspectos rescatables y abrevaban clandestinamente en los textos de autores como Cullen, Brown y los creadores de la clínica francesa: Bichat, Corvisart y Laennec.

La guerra de Independencia puso en relieve la importancia, pertinazmente negada, de la cirugía, que pasó a ser parte esencial del arte de curar conforme se aplicó el conocimiento anatómico al tratamiento de heridas y lesiones y se supo que se podía extirpar órganos para erradicar las enfermedades. Los desplazamientos de grandes contingentes humanos trajeron consigo la dispersión de epidemias por grandes territorios y la aparición de nuevas formas clínicas y patológicas. Del sitio de Cuautla y sus fiebres misteriosas al brote de peste bubónica en Mazatlán, este último ya a principios del siglo XX, y la primera campaña de erradicación de la fiebre amarilla por esos mismos tiempos, marcan un progreso notable en el conocimiento y capacidad de acción. Contraste semejante se observa en el tratamiento de la sífilis con pomadas mercuriales, vigente hace 200 años, la aplicación de arsenicales ¡en quirófano!, hace 100, y el manejo actual de antibióticos, con la prácticamente total desaparición de las formas graves de la enfermedad.

Al inicio de la Independencia que conmemoramos, los hospitales funcionaban como instituciones caritativas y no se contaba con casi ninguna posibilidad derivada del empleo de la tecnología. Por 200 años, el instrumental quirúrgico apenas se había modificado y en el siglo siguiente se contó con quirófanos dotados de mesas especiales para operar, mascarillas para anestesiarse, pinzas hemostáticas e iluminación; cirujanos como Pedro Escobedo o Rafael Lavista no sabrían qué son los numerosos aparatos y equipos que hay en el quirófano actual y tampoco sabrían los detalles del uso del instrumental disponible y quizá no imaginarían siquiera la posibilidad de hacer cirugía transendoscópica y, menos aún, el manejo de un robot a través de una computadora.

Pero más importante es el cambio en el sentido de la atención. A lo largo de estos dos siglos se ha definido el papel del Estado en la atención de la salud, tanto individual como colectiva, y su responsabilidad al respecto. Se llevó a la práctica la transición de la caridad a la beneficencia pública y de ésta a la asistencia médica y social, pues se puso en relieve el papel de la pobreza y la marginación en las enfermedades. Se estableció una doctrina que ha sustentado en sus resultados prácticos lo que se puede llamar un humanismo institucional, en el que la responsabilidad surge del profesional en la atención de los problemas de salud, se encarna en las instituciones y se dirige a diagnosticar, aliviar, curar y prevenir la enfermedad, así como a promover la vida saludable y abrir los espacios laborales, sociales, culturales, deportivos, etcétera, en la que ésta encuentre el lugar dónde desarrollarse.

La medicina mexicana ha fortalecido su identidad en estos 200 años; ha realizado descubrimientos; ha desarrollado conocimiento y tecnología, esta última, lamentablemente en una proporción menor a la deseable; ha formado médicos capaces y con sólidos principios morales; ha establecido instituciones de atención, enseñanza e investigación que miran al futuro, más a lo que queda por hacer que a los logros obtenidos.

Algunos hitos de este transcurrir bicentenario son los que dan cuerpo a la serie de artículos que ahora da inicio. Celebración y compromiso; identidad, memoria histórica y visión anticipada del futuro; acción y planeación, son las características que la historia exige a los profesionales mexicanos de la salud en este festivo 2010.

Carlos Viesca-Treviño

Editor huésped de Revista Médica del IMSS

Departamento de Historia y Filosofía de la Medicina, Facultad de Medicina, UNAM